

lítica, pero que no constituyen grupos propiamente dichos, que si bien agrupan un cierto número de individuos, estos individuos son técnicos que no ejercen siempre la presión en su provecho, sino por cuenta de otros grupos.

Otro aspecto interesante de esa parte es la organización de los grupos de presión, su estructura y las relaciones que se establecen con los partidos políticos. Si bien en las llamadas democracias occidentales este tipo de relaciones se dan generalmente subordinando los partidos políticos a los grupos de presión, se encuentran casos de cooperación permanente entre un partido y grupos de presión, como los que se dan en los países escandinavos a propósito de los partidos socialistas, de los sindicatos obreros, las mutualidades y las cooperativas.

Cabe señalar finalmente la especificación de los diferentes grupos de presión que, por su número y variedad, el autor no clasifica en un cuadro como en el caso de los partidos políticos. A pesar de esto, describe los más importantes como son las organizaciones patronales de la industria y el comercio, las organizaciones campesinas, las organizaciones de asalariados y por último los grupos públicos y privados de menor importancia.

En síntesis, podría afirmarse que el libro de este sociólogo francés es una obra bien documentada y que aclara algunos conceptos básicos de la sociología política. En virtud de esto, y por la forma en que está estructurado, podría ser recomendable para ciertos cursos de Ciencia Política, Partidos Políticos y Grupos de Presión.

Raúl Béjar Navarro

EVANS, Rowland y NOVAK, Robert, *Lyndon B. Johnson: The Exercise of Power*, Signet Books, New York, 1967, 640 pp.

El libro del que nos ocupamos puede ser fácilmente considerado como uno de los pocos que se ocupan profundamente de la personalidad política más discutida de nuestros tiempos: Lyndon B. Johnson, trigésimo sexto presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, a quien Gunnar Myrdal se refiere como "la cosa más trágica en la historia de los E.U.", ya que "podría haber pasado a la historia como el más grande presidente" si se hubiera ocupado del problema de la pobreza en su país. En su lugar, decidió escalar la guerra a finales de 1964 y principios de 1965, y se echó a perder en Vietnam.

Aunque la guerra en el sudeste de Asia ha sido la caja de resonancia más conocida de la personalidad de Lyndon B. Johnson, su peculiar *modus operandi* en el escenario político norteamericano es igualmente interesante.

Los autores prescinden totalmente de los ribetes biográficos que suelen acompañar a los estudios de las personalidades, y se ocupan fundamentalmente del hombre en el ejercicio del poder. En secuencias casi cronológicas, la figura de Johnson va transformándose en la medida que va acumulando en sus manos los hilos del poder, saltándose aquellos aspectos de su vida que tienen poco o nada que ver con su participación en las decisiones del estado norteamericano.

Significativamente, en el criterio de los autores, los años de Johnson en la Cámara de Representantes son excluidos casi totalmente, y sólo hacen breves referencias a ese periodo. En ello coinciden con todo aquel que se familiariza con la política

norteamericana, y con los políticos mismos: el senado es el trampolín más eficaz para lograr un poder político efectivo.

Lyndon B. Johnson lo aprendió muy temprano y supo acomodarse a las necesidades del presidente Franklin D. Roosevelt, emergiendo como un liberal —en términos políticos y no ideológicos— consecuente con la situación política a que se enfrentaba. Este pragmatismo Johnsoniano pronto vino a ser una constante de su conducta política, y se hizo cada vez más evidente a través de su ascenso en el senado.

Con todo, su primer intento por llegar a senador fue frustrado por un cálculo equivocado; en el momento en que se enfrentó a Lee O'Daniel por la representación, el marco político-económico en Texas no era propicio para la presentación de un candidato liberal e incondicional de Roosevelt. La derrota fue una lección inolvidable para Johnson, quien a partir de entonces tuvo extremo cuidado con su base en Texas, sin sacrificarla a Washington. Esta dependencia regional de Johnson fue seria preocupación, y muchas veces obstrucción, hasta que se independizó de Texas al ser designado vicepresidente por John F. Kennedy.

Mientras tanto, hubo de obtener los votos necesarios para llegar al senado, empleando de manera más profesional su táctica ya en desarrollo de no comprometerse, de manera que sin entrar de lleno al bloque sureño pudiera atacar el programa de Truman sobre derechos civiles. Y llegó al senado después de una campaña en la que demostró su habilidad para decir cualquier cosa que debiera decir para ganar. Al fin senador, Lyndon B. Johnson aparecía muy diferente del diligente liberal protegido por Franklin D. Roosevelt once años atrás.

Junto a Johnson, siete sobresalientes demócratas fueron elegidos al senado, contándose entre ellos a Hubert Horatio Humphrey, de Minnesota, Russell Long, de Louisiana, y Paul Douglas, de Illinois. De todos ellos, quien se colocara más rápidamente en el favor del entonces presidente del Senado, Richard Russell (de Georgia), fue el tejano Johnson.

Con Russell, el nuevo senador empleó su vieja táctica de acercarse a las fuentes del poder, promoviendo con el viejo político una relación paternalista del mismo tipo que con éxito había promovido con Franklin D. Roosevelt, Sam Rayburn y Carl Vinson, en anteriores etapas de su carrera política. La protección del profesional Russell fue de vital importancia para el impulso de la carrera de Johnson.

Siendo Russell el poder democrático *de facto* en el senado, y habiendo sido derrotado el senador Ernest McFarland, líder de la minoría democrática, por un joven conservador de Texas, Barry Goldwater, el camino para Johnson hacia el liderazgo de la minoría quedaba abierto y sin muchas dificultades. Lo empujaron su ambición y presiones de su Estado base, Texas. Una de sus gestiones consistió en hacer saber, mediante llamadas telefónicas cuidadosamente preparadas, a cuanto senador fuera posible, sus intenciones de obtener el puesto. Una de esas llamadas fue dirigida a un nuevo senador, John F. Kennedy, de Massachusetts, quien quedó altamente impresionado con ello.

La elección de Johnson por los senadores demócratas fue casi unánime, y Hubert H. Humphrey jugó un papel importante para que la elección resultara agradable a los liberales. Su asociación con Johnson, que habría de madurar con el tiempo, fue restando paulatinamente el prestigio liberal de Humphrey, quien contribuyó a formar en el senado lo que luego se llamó "el sistema Johnson": preparación diligente, absoluto secreto, y no dejar nada a la suerte.

"El sistema" fue de gran utilidad para el nuevo dirigente de la minoría demócrata

en el senado, pero lo fue más todavía al ser elegido líder de la mayoría, dos años después, cuando los demócratas volvieron a controlar el senado. A los 46 años, Johnson se transformó en el líder más joven en la historia de la cámara, y aún más, hizo de sus primeros cuatro años como dirigente del senado, el período más activo de la existencia del cuerpo legislativo norteamericano.

Ya en el ejercicio del poder, y con el propósito de obtener más sólido apoyo de los liberales, esperó pacientemente el momento propicio para tramitar la liquidación del macarthismo, una vez que el viejo senador McCarthy declinaba rápidamente. El "sistema" funcionó acertadamente en el momento preciso, y sirvió tan bien a Johnson como lo venía haciendo en sus relaciones con el presidente republicano Dwight D. Eisenhower.

En 1957, el "sistema" pasó su prueba de fuego, al obtener Johnson la aprobación del "Acta de Derechos Civiles", que era más forma que contenido, pero que sin embargo sentó un precedente extraordinario, al pasar sin filibusterismo por parte de los senadores sureños gracias a las concesiones y maniobras de Johnson para convencer a éstos. La posición de Johnson, aparentemente de nivelación, obedecía realmente a su necesidad política de mantener una accesibilidad mutua entre él y los extremos en el senado, de manera de poder utilizar en su beneficio todas las fuerzas políticas en el momento adecuado.

El "sistema" nunca funcionó tan bien como en 1957 y al año siguiente, al obtener los demócratas una aplastante mayoría en el senado, empezó a deteriorarse. Johnson siguió trabajando con la misma dedicación y energía, pero los éxitos dejaron de ser tan espectaculares. Demasiados demócratas, muchos muy independientes y poco entusiastas con el "sistema Johnson" vinieron a dificultar el ritmo del líder mayoritario.

En 1952, mediante un pacto con Russell, que consistía en apoyarse uno al otro para la nominación presidencial en la convención de Chicago, Johnson, que daba por sentada la eliminación de aquél y por tanto contar con su apoyo, no previó que a pesar de la influencia de Russell en el senado, en la convención su presencia era apenas notoria. El aparato de Adlai Stevenson obtuvo de nuevo la nominación para su candidato, y Lyndon B. Johnson fue también eliminado.

La experiencia y astucia de Johnson en el senado no bastaban para armarle y disponerle a participar en la política nacional del partido demócrata. Con todo, ante la perspectiva de 1960, Johnson no olvidó en los cuatro años que precedieron a su segunda intentona, que habría de probar otra vez.

El intento en 1960 fue todavía más desastroso que el de 1952 para obtener la presidencia, y en 1956, para obtener la vicepresidencia. Anunciando su decisión de participar en la elección demócrata tan tarde que ya no tuvo importancia, y enfrentándose al bien construido equipo de John F. Kennedy, que se había encargado de demoler antes a Hubert Humphrey, Johnson llegó a Los Ángeles, para la convención demócrata, contando con información falsa, y dispuesto a cualquier acción que pudiera detener los seguros pasos de Kennedy hacia la nominación.

Al final, Kennedy nominado, Lyndon B. Johnson aceptó tomar el lugar que le correspondía en la estrategia del clan irlandés: la vicepresidencia. Diversas razones políticas, incluyendo la necesidad de los votos del sur, la unidad del partido, y la necesidad de un "boleto" más vendible hizo calzar a Johnson en los planes de los Kennedy. Por su parte, Johnson lograba con la vicepresidencia independizarse de su base regional y ganar una posición política nacional.

Hasta este momento, la carrera política de Johnson deja de ser tan complicada. La

vicepresidencia y el repentino ascenso a la primera magistratura, a pesar de algunas intimidades y confidencias, aparece generalmente conocida, y no es sino hasta después de su idílica relación con el congreso y a raíz de la intervención de la República Dominicana y la escalada en Vietnam que vuelve a hacerse complicada.

Aunque los autores dedican sendos capítulos al asunto dominicano y a la situación en Vietnam, éstos dejan mucho que desear, ya que ambos aspectos son tratados superficialmente. El libro cierra con una evaluación sobre la adversidad que políticamente fue generando Lyndon B. Johnson y que hubo de culminar en la renuncia a un sueño por mucho tiempo acariciado: la reelección.

El libro tiene un indudable valor para los estudiosos de la política, que encontrarán en él no sólo la manera Johnsoniana de obtener y manejar el poder, sino una visión muy amplia de la realidad política norteamericana, así como la realización política de muchos de los conceptos abstractos de la ciencia política.

*Fernando Gutiérrez y Aburto*

EZCURDIA, Mario, *Análisis teórico del Partido Revolucionario Institucional*, B. Costa-Amic Editor, México, D. F., 1968.

Como el título lo indica en esta obra se pretende hacer un análisis científico del PRI, de su estructura y su organización. A primera vista, especialmente para los lectores ajenos a las disciplinas sociológicas, se tiene la impresión de que se trata de un estudio serio y objetivo del partido que regula la vida política de México, basado en el encuadramiento de la teoría general de los partidos políticos. Sin embargo, muy pronto se advierten los defectos y deficiencias de los que adolece la obra, no solamente de carácter metodológico e interpretativo sino, más grave aún, de carácter ético.

M. Ezcurdia dice en el prólogo que intentará describir objetivamente al PRI y, sin formular juicios normativos, analizar los atributos que le son inherentes. Para hacerlo se encuentra, según él, con la dificultad de que no existe una teoría sobre los partidos políticos dentro del cual encuadrar su estudio. Después de esta afirmación M. E. procede a traspasar mecánicamente las teorías de Maurice Duverger, expuestas en su libro titulado *Los partidos políticos* (Fondo de Cultura Económica, 1957). Y ya en la primera página de esta obra, en la que las contradicciones se suceden, dice: "... será preciso ubicar al PRI dentro de las mediciones internacionales que proporcione (*sic*) una teoría general de los partidos políticos, elaborada por investigadores de reconocido prestigio" (P. 1).

Además de las contradicciones, de las fallas interpretativas, y de que abundan los préstamos, el enfoque científico es a menudo substituido por una franca cursilería. El capítulo 2º, titulado "La crisis de las teorías", comienza así: "El mundo parecía una balsa de aceite plácida y grata al vivir del hombre. Los niños, con ridículas gorras marineras, aprendían lecciones en la escuela. Las fábricas iban llenando de humo el cielo. Los hombres trabajaban y charlaban vanamente, atuzándose las grandes barbas. Las mujeres por la calle, sacudían sus grotescos polisones. El pan crecía en el campo. El gobierno miraba y dejaba hacer. Era idílico el mundo." (P. 5). Es así como M. Ezcurdia inicia el difícil camino de enjuiciar un mundo abigarrado, mezclando de una manera asistemática fenómenos y conceptos tales como el liberalismo; las condiciones sociales que prevalecían en el siglo XIX; la marcha hacia el oeste del pueblo norteamericano; el positivismo; el método experimental en el estudio de la so-